

VASO Y CAZUELA DE LA EDAD DEL BRONCE. PARTOVIA, O CARBALLIÑO.

Hace no demasiado tiempo presentábamos en este mismo marco un ejemplo de la presencia de materiales cerámicos de la Edad del Bronce en cavidades naturales (Pieza del Mes, enero de 2014:

http://www.musarqourense.xunta.es/peza_mes/vaso-da-idade-do-bronce-de-pardollan-valdeorras/). Aquella pieza procedía de las cuevas de origen calcáreo de las sierras orientales de la provincia. Ahora serán las cavidades graníticas del Ourense occidental las que nos ofrezcan nuevas muestras de ese interés por lo recóndito en la realización de actividades humanas que implicaban la presencia de recipientes cerámicos. Y lo hacen otra vez de modo casual y de nuevo de las manos de aficionados a la espeleología (Club Espeleológico Mauxo de Vigo), con dos de esos recipientes encontrados en las grietas de un roquedal granítico sito en el lugar de Grobas, Penedo, parroquia de Santiago de Partovia (O Carballiño). El contexto es, por tanto, el ocultamiento de vasos cerámicos enteros en espacios que, por sus características y localización, resultan inhábiles para cualquier actividad humana que no fuese apartar intencionadamente objetos del ámbito de lo cotidiano. Y tratándose de recipientes cerámicos, parece más creíble que la intención no fuese ocultarlos, dado que carecen de valor material intrínseco, sino depositarlos, a ellos o lo que pudiesen contener, amortizándolos en un espacio ajeno e incluso inconveniente a funciones o significados relacionados con la vida material.

En este caso se trata de dos recipientes de distinta forma y factura que aparecieron casi enteros, aunque uno de ellos roto en tiempos recientes. Este último es también el más grande y expresivo. Se trata de un gran vaso de cuello alto y fuerte carena media, de la que parte un cuerpo troncocónico de paredes curvas y fondo muy pequeño y también curvo. Presenta un asa de sección plana –comúnmente conocida como «asa en cinta»– que iría desde la carena hasta la mitad del cuello, sin llegar hasta la boca del vaso. Con unos acabados cuidados, aunque deficientemente conservados, sobre los que se añadió una decoración a base de motivos geométricos lineales obtenidos mediante incisión. Se suceden una franja de triángulos rellenos de pequeños trazos, obtenidos por punteado oblicuo, inmediatamente bajo el remate superior del vaso; después, una alternancia de frisos de pequeños trazos alineados, pero discontinuos, y otros de líneas paralelas, que ocupan

el cuello; y para rematar de nuevo una franja de motivos triangulares idénticos a los que orlaban la embocadura del vaso y que ahora lo harán con la parte alta del cuerpo, justo por encima de la carena; finalmente, la decoración se expande también hacia el asa, con ese motivo de los pequeños trazos rectos y discontinuos, ahora dispuestos en «espina de pez» contra una línea central de trazos horizontales. Aun con esa morfología compleja y singular, o incluso la decoración, pese a una factura tosca, lo que destaca en este cacharro es su elaboración que, además de darle unas superficies rojizas que pulidas darían al recipiente un aspecto brillante y un colorido al que se pudo añadir la incrustación de pasta blanca en los surcos de la decoración, consiguiendo dotarlo de una ligereza sorprendente respecto a lo que a las cerámicas prehistóricas se refiere: su poco peso en relación a sus dimensiones y su fragilidad inciden en su inadecuación para los usos que le cabría suponer; inadecuación también presente en su forma, ya que el fondo cónico le impediría mantenerse en pie cuando se posase. En definitiva, las coordenadas en las que cabe interpretar esta pieza de alfarería son una cuidada y especial elaboración, especialmente preocupada por su aspecto externo, para un recipiente de forma muy singular, pero con unas condiciones que dificultarían su empleo en las tareas habituales en ese tipo de objetos, especialmente en las referidas al uso cotidiano de los mismos.

El segundo recipiente es distinto tanto en la forma como en la elaboración. En lo formal esa diferencia ésta muy marcada, pues se trata ahora de un recipiente bajo y abierto, una cazuela, aunque también con una marcada carena que separa dos partes diferenciadas. Una, la alta, está definida por una pared cóncava y exvasada que remata en un borde plano; la otra, la baja, es troncocónica y con las paredes rectas que remata en un pequeño fondo plano; y para terminar la descripción, en la parte alta aparece un asa, ahora de sección elíptica, que arranca de la carena pero no llega a conseguir el remate superior de la cazuela. En cuanto a la elaboración las diferencias no son tan marcadas, pero tienen evidentes consecuencias. Las paredes son en este caso gruesas y compactas, dándole consistencia y peso al cacharro, pero siguen siendo rojizas y con acabado cuidado como en el anterior caso, aunque carente de decoración. Paradójicamente, a pesar de tener una forma más simple, una elaboración similar y mostrar preocupación por el aspecto externo, el resultado es un cacharro de modelado más tosco, menos logrado que el anterior. No obstante, ese modelado así como la factura permiten identificar esa cazuela como una expresión de la alfarería típica de la plenitud de la Edad del Bronce en Galicia, por más que la forma resulte

relativamente nueva; insistimos en esa relatividad, dado que el repertorio de esa alfarería aún es poco conocido y esta cazuela se parece a otra conocida ya hace tiempo, solo que de una localización y contexto arqueológico diferentes: fosas excavadas en la parroquia vecina de Mesego. Incluso posibilita compararla con el vaso de la cueva de Pardollán – recientemente estudiado y también en las colecciones del Museo–, de forma distinta y mejor elaboración y datado alrededor de mediados del II milenio B.C. Un paralelismo que no sólo avala una identificación cultural y cronológica, sino que posibilita también el paralelismo funcional al vincularse ambos a contextos en grutas, aunque de origen geológico diferenciado.

De nuevo con el vaso de Pardollán hay que relacionar el vaso/jarra de Partovia. Puede que en su aspecto resulten aparentemente muy distantes, y en la factura ya vimos por la cazuela de Partovia que también. No obstante, hay una muy significativa coincidencia conceptual: tener como modelo los vasos metálicos del Bronce Inicial distribuidos por las Islas Británicas, la Bretaña francesa y el oeste de Alemania, hasta poder ser considerados verdaderos esquemomorfos cerámicos de estos. Una condición que en el vaso que aquí tratamos resulta aún más contundente que en el de Pardollán: el cuello alto, el cuerpo acusadamente cónico y la práctica carencia de base, son trazos que encontramos en muchos de los ejemplos de esa vajilla metálica, pero también en sus *alter ego* en ámbar. En esos mismos ámbitos encontramos muestras de cerámicas que con unas formas semejantes y también con una especial elaboración podrían cumplir una función semejante a la que le atribuimos al vaso de Partovia, aunque tienden a ser entendidas también como inspiradoras para la propia vajilla metálica. Grupos culturales como Wessex en la actual Inglaterra, o de los Túmulos Armoricanos, en la Bretaña francesa, Adlerberg o Singen en el Bajo y Alto Rin, respectivamente, semejan muy apartados de Galicia, pero constituyen un entramado de relaciones alrededor de los metales y el ámbar que alcanzaría también a la Europa nórdica, y que tiene necesariamente en las vías marítimas uno de sus nexos fundamentales. Es a través de esa inevitable circulación por mar y atlántica donde encajaría una proyección del fenómeno hacia el noroeste de la Península Ibérica.

Por último, no debemos olvidar que también en Galicia se manifiesta el fenómeno de los vasos metálicos, en este caso áureos, como expresan los del conocido tesoro de Caldas de Reis, con referentes en la cerámica de la Edad del Bronce, e incluso con la que aquí estamos tratando, tanto en la

forma como en la decoración. Especialmente, esta última se está constatando en la alfarería del Bronce Inicial poscampaniforme del noroeste, en grupos culturales coetáneos con los mencionados de la Europa Atlántica y Central, cuando menos en sus fases más avanzadas: ca. 1750-1500 B.C. En el caso de los vasos rituales encontrados en cuevas se puede suponer una proyección hacia los tiempos del Bronce Pleno (ca. 1500-1350 B.C.), aunque con predominio de las cerámicas no decoradas: ahora podemos citar que una jarra prácticamente idéntica a la de Partovia fue recientemente dada a conocer también en Pardollán, con lo que volveríamos a encontrar la convivencia de cerámicas decoradas y cerámicas lisas con patrones formales semejantes pero elaboraciones diferenciadas, pero también la recurrencia de depósitos cerámicos en cuevas como manifestación de la importancia y continuidad de un ritual propio de la cultura del Bronce del noroeste (ca. 1750-1350 B.C.). Puesto que, en definitiva, estamos hablando de cerámicas utilizadas en funciones rituales, y de ritos que precisaban de la cueva o abrigo bajo el roquedal granítico como «topos» específicos de estos ritos. La especificidad de esas cerámicas, y su relación con una vajilla elaborada en materiales de especial valor intrínseco, ergo significado, como oro, plata o ámbar, se explica en la selección de objetos que expresan más lo simbólico que lo funcional en contextos más afines a lo ideológico que a lo cotidiano.